

V.

Don Encarnación Solano, al parecer era un excelente sujeto, al parecer también era muy sincero y francote, que con nadie se entrometía, que de nadie hablaba mal. No sabíase en San Antón cuales eran los antecedentes de Solano, ni de donde había llegado ni que tierra lo vió nacer. Tan solo se recordaba que hacía veintitantos años llegó al lugarejo trayendo un poco de dinero que el advenedizo se dedicó á prestar á rédito, creciendo la suma que llevara, y, por último, que andando los tiempos fué un hombre bastante rico, dueño del rancho de El Tepozán y que aún no olvidaba prestar monedas al tanto por ciento mensual.

Solano fué siempre muy desafortunado en su hogar, habíase matrimoniado tres veces y en todas ellas la luna de miel aún no llegaba al cenit cuando ora una pulmonía, ora un síncope cardíaco ú otro achaque cualquiera, lo dejaron viudo y sin quien le ayudase á gozar las envidiables rentas de que disponía, pues él solo no alcanzaba, por más que quisiese (que nunca quería), á consumir los rendimientos de El Tepozán.

En la época á que se refiere esta historia, Solano era un vejete flacucho, cargado de espaldas y vestido á la europea, pero con prendas que lo mismo servían para Solano que para el Coloso de Rodas, digo, que el saco que llevaba de casimir del país era tan holgado y amplio, que podían caber dentro de la prenda una trinidad de Solanos, mientras que el pantalón daba tanto de sí que á lo lejos más parecía aquel sugeto traer faldas ó enaguas de mujer, que prendas de varón.

Con motivo de un cobro de escasa importancia que don Encarnación hacía á uno de sus medieros taimados de El Tepozán, entró en relaciones y amistosa correspondencia con Pancho Pérez, encargado de exigir el pago de lo debido ante la autoridad correspondiente. Pérez, armado de una

carta poder y del pagaré que justificaba la deuda, se dió tal maña en obsequiar los deseos de su nuevo cliente y ganarse su voluntad, que pocos días después embargó los pocos bienes que tenía el deudor, poniendo á este á buen recaudo, pues lo acusó de estafa, fraude y no se que más, logrando fuera sentenciado á tres ó cuatro meses de arresto mayor.

Cuando Pancho Pérez dió cuenta á Solano de todo lo hecho, este allá en sus adentros no quedó muy conforme, porque lo único que pretendía era cobrar sus dineros, pero jamás aprisionar al deudor, el cual le constaba tenía media docena de muchachos, de los que el mayor apenas tendría doce años, y era natural que aquella familia estuviese pereciendo de hambres y necesidades. El éxito alcanzado por Pérez en el asunto encomendado, revistió á los ojos de Solano una importancia colosal porque comprendía que aquel hombre gozaba en San Antón de un poder y una influencia decisivos, y más que por conmiseración y solo para convencerse del poderío de Pérez, Solano le habló en estos términos:

—Si viera don Pancho, que yo quisiera que Fructuoso mi mediero, el que me debía los treinta pesos y que Ud. cobró, saliese ya de la cárcel; ya van casi dos meses que lo tienen guardado, y la verdad es que los muchachos están pereciendo de hambre. Vea á ver como se las compone y que perdonen á Fructuoso el tiempo que le falta de prisión.

Pérez, siguiendo su inveterada costumbre y para darse tono y tiempo de pensar la respuesta, se quitó las gafas, las limpió, después las puso de nuevo en su lugar y al fin contestó:

—La república está tan atrazada, don Encarnación, precisamente por que Ud. hace lo mismo que los otros hacendados del país; se ponen á perdonar á todos los bribones que los roban, y piense que con llenarse Uds. de lágrimas lo único que logran es dar alas á estos sinvergüenzas. En fin, allá Ud.; mañana tendrá en el rancho á Fructuoso, y créame que si me presto á servirle en esta vez, es solo por las simpatías que tengo para su persona.

Efectivamente, al siguiente día el mediero de Solano estaba libre en El Tepozán, y, cosa rara, como supo que Pérez había trabajado por su libertad, estaba agradecido con este pero un poco lastimado con Solano.

El dueño de El Tepozán viendo que Pérez cumplía sus ofrecimientos, que se tuteaba con jueces, curas y sacristanes, y, sobre todo, que disponía de las llaves de la cárcel, monólogo en esta forma:

“Este Pérez es un hombre listo, no cabe duda; hay que estar bien con él, porque se corre el riesgo de que le meta á uno un pleito por esto ó por lo otro, que no le han de faltar pretextos; con el riesgo de mi parte de llevarse entre sus manos un buen girón de lo que tanto trabajo me ha costado ganar. Lo prudente con este amigo es metérmele bajo del ala.”

Solano, continuó largo rato en profunda meditación, y al cabo, siguiendo el monólogo aquel, dijo entre dientes:

—Lo bueno aquí es casarme con Clotilde y con ello habré solucionado dos problemas importantes; asegurar lo mío y calentar mi tristísimo hogar. Por lo demás, Clotilde es una buena hembra nada despreciable, canta como un jilguero y domina al hermano.... ;Claro! tendremos defensor de balde para todo lo que se ofrezca y una real moza.

Como á Solano llegase en esos momentos alguna idea desagradable, quedose pensativo por mucho tiempo, y al fin continuó:

—Ciertamente que ya mi edad casi no está para pensar en bodijos, pero lo cierto es que Clotilde no tiene otra salida, que todos le alzan pelo á Pancho Pérez.... Por lo demás, si bien es cierto que por aquí es casi de noche..... en cambio hay luna llena en El Tepozán.

Don Encarnación se hechó á reir de sus propias agudezas, y luego se puso á escribir una carta al mejor sastre de la capital para que le enviase trajes flamantes y de último corte.

Desde entonces el señor Solano fué un contertulio asiduo de Clotilde, á quien frecuentemente llevaba discos de

goma negra con canciones y piezas sentidísimas, que el fonógrafo famoso se encargaba de repetir todo el día y á toda hora, al grado de que todos los vecinos ya sabían de memoria y estaban hartos de algunos trozos, como por ejemplo: “El Ranchero de Tajimaroa,” “La Estela Confidente,” “El duo de los Patos,” “Las Coplas de Don Simón” y otros de este gusto refinado y esquisito. Otras veces Solano obsequiaba á Clotilde con flores y dulces, peinetas, listones y adornos especiales para la cateza de la niña, y la tal niña, como es natural, con tan singulares muestras de cariño y simpatías, cuando alguno de los nuevos discos berreaba en el aparato, bajo la presión del reproductor, una altísima nota soltada por una tiple de patente, Clotilde, repito, atiborrada la boca de caramelos y panecillos, se acercaba á Solano y poniendo sus recias manos en los hombros de este, le chillaba al oído, tocándole la oreja con los labios:

—¡Encarnación, qué lindo eres!

No obstante aquellas borrascas amorosas, Solano, despues de quitarse la impresión que le produjeran las manos y labios de Clotilde, se ponía á discurrir si era preferible presentarse como novio oficial de la niña ó permanecer como un simple admirador entusiasmado, pues temía que Pancho Pérez resultase á lo mejor con alguna pata de gallo del tamaño de un buey. En esto aconteció la muerte de don Pablo Torres, suceso que preocupó más á Solano que á Pérez, y un día, puestos los trajes de fino corte venidos de la capital, se pretendió en la casa de Pérez precisamente á la hora que este exponía á su pupila los importantes asuntos que van estampados en las cuartillas que anteceden.

Débase advertir que el tal Pancho Pérez, con ansia y de mucho tiempo atrás esperaba la visita y declaraciones de Solano, pues que á través de sus mimos, sus mieles y comportamientos, veíase venir á quema ropa un pedimento con síntomas de bodorrio; tanto más era de esperarse esto cuanto que los discos que llegaban por conducto del vejete á Clotilde, no sabían decir otra cosa que “Yo te amo” “Cuan-

do el amor muere." "¿Me quieres?" "Ya soy feliz," y otros de esa estirpe.

Por fin, llegó el día ansiado, Don Encarnación se atrevió á declararse con el antiguo carpintero y habló en la forma que sigue:

—Molesté la bien ocupada atención de Ud., mi buen amigo, porque me interesan dos asuntos que no me dejan dormir tranquilo hace muchos días. Acabo de saber que Ud. es el tutor testamentario de Consuelo Torres, lo que celebro infinito, no por la muerte del rancho Don Pablo, sino por que estando en manos de Ud. la rica finca de El Platanar, procurará sacarle todo el jugo que puede dar, pues Ud. comprende que limitándose Don Pablo, como se limitó, á una explotación rudimentaria y mezquina, nada podía hacerse con tan ricas tierras, y no me negará que Torres se contentaba con sembrar maíz cada año por el tiempo de lluvias, que unos cuantos sacos de frijol recolectaba y unas cuantas matas de chile se cosechaban; todo lo cual apenas servía para atender á las necesidades del dueño y las que exigían las labores del rancho. Como Ud. dice, por eso la república está tan atrazada; si la finca de "El Platanar" se ha sostenido, se debe á que tiene buenas ordeñas y esquilmos de leña y pastos, que de otra suerte Don Pablo en buenos apuros se habría visto, para sostener el ranchejo; Ud. que no entiende nada de de campo, no puede comprender la importancia de lo que digo, pero con su buen sentido estimará todo el peso de mis razones. Ahí tiene Ud. nada menos El Ojo de Agua de El Fresno, que no sirve á Dios ni al diablo, y que sin embargo en "El Tepozán" daría pingües cosechas y dineros á granel. Precisamente á esto vengo, Ud. que es un hombre progresista y amante del adelanto y prosperidad del país, creo que procurará que la riqueza no permanezca estancada. Yo le compro El Ojo de Agua del Fresno, Ud. arregla que los títulos y papeles queden en buen orden y tendrá presente que no me daré por bien servido, porque si logro obtener baratito el Ojo de agua, le daré á Ud. dos talegas de pesos por sus influencias y tra-

bajos.

Pancho Pérez, siguiendo su costumbre, antes de contestar, se quitó los lentes, los limpió, se acomodó en el asiento y en momentos que montaba los vidrios sobre las narices y ya para contestar á don Encarnación, este le atajó el resuello y continuó:

—Ya le acabo de exponer el primer asunto que me traé por aquí, que el segundo es el que sigue: ya se habrá enterado de que Clotilde, su hermanita, y yo, deseamos unir nuestros destinos, y hemos decidido que un sacerdote bendiga nuestra unión. Por más que Clotilde, por pasar de los veintín años, no necesita el consentimiento de nadie para matrimoniarse, pues no ejerce alguno la patria potestad sobre ella, he querido, no obstante, conferenciar con Ud. sobre estos particulares y obtener su aprobación. Creo de justicia decir á Ud. antes de que decida lo que á bien tenga, que si llevaré adelante este matrimonio, no es por mi edad, que bien ve Ud. es ya pasadita, sino por que no tengo á quien dejar lo poco que Dios me ha dado, y como veo en Clotilde á una muchachita bien educada, instruida y digna hermana de Ud., he deliberado sea la única y universal heredera de lo poco que yo pueda tener y aumente en los cortos años que me restan de vida. Es natural que yo estaque la zalea en cualquier momento, y como no tengo herederos forzosos ni lejanos, sería lástima que el Gobierno despilfarrase lo que me costó tantos sudores adquirir.

No obstante de que los anteojos de Pancho Pérez estaban bien limpios, se los volvió á quitar, pasando sobre ellos un fino papel, se acomodó de nuevo en el asiento y al fin se disparó con esta pata de gallo:

—Señor Solano, veo que Ud. es un hombre de criterio y holgado juicio. Siento que se haya fijado en mi hermanita para que le caliente su hogar, porque esta muchacha, no acostumbrada á la vida que Ud. le ofrece, va á cometer una barrabazada; ya ve que tiene un carácter bullicioso y travieso, y Ud. necesita algo formal y grave que le endulce la existencia. . . . Pero, en fin, esto no tiene remedio, ya

me sospechaba yo los pasos en que Uds. andaban y contra los cuales no valen leyes ni tretas. Cásense en buena hora y que Dios los bendiga.

¡Válgame el mismo Dios! y cómo Pancho Pérez antes de decir estas herejías, no tomó la precaución de consultar con su hermana tan importante negocio. ¡Cómo no pensó que aquello era fruto de conveniencias y porquerías!

El rábula siguió diciendo:

—Hablando aquí, en puridad de amigos, debo decirle que efectivamente Torres era un barbaján, que no sabía más que ordeñar vacas y arrojar granos de maíz entre los surcos, que con esto se contentaba para sostenerse en El Platanar; y conste que ordeñar vacas y recojer mazorcas de maíz no es una ciencia ni en nada se beneficia el país con tan ruda agricultura. Ud. sí que se las entiende y no se mama el dedo, que sobrada razón tiene en pretender sacar buenos jugos de el manantial de El Fresno. . . . Pierda cuidado, que yo le ayudaré, y solo exijo de Ud. una reserva absoluta sobre estos particulares, pues me molestan mucho las habladuras y mordizcos del boticario Gutiérrez y su amigo don Catarino, el de la escuela, que son habladores y no dejan títere con cabeza. Sobre todo, lo que más me preocupa es que Consuelo, mi pupila, piensa consultar sus negocios con González, el cura, y ya sabe Ud. que este me trae entre ojos desde la muerte de don Pablo, y tan solo por el pecado que cometí de retirar todas las limosnas que daba el difunto para el templo del lugar. Yo creo que á más de esto, González no me quiere porque en una de las sesiones del Ilustre Ayuntamiento, á moción mía, se le previno no repicase los domingos y días de fiesta, sino de una manera moderada, disposición que el vecindario acogió con entusiasmo, porque tres horas de repiques molestaban hasta á los sordos, esto sin contar con la tremenda infracción á las sabias Leyes de Reforma. Es preciso, pues, que González no se entere de todo lo que se trata.

—Pierda cuidado, don Pancho, que soy discreto y se donde me aprieta el zapato; pero debo decirle que el boticario y don Catarino Reyes, son espanta pájaros, que se

los quita Ud. con toda facilidad, pues el uno está *endrogado* y cada rato tiene aprietos para pagar las facturas que le envían de la capital, y el otro con sus borracheras no le llega la camisa al cuerpo, y teme que el Gobierno lo destituya de un momento á otro. . . . Ud. no necesita consejo, porque es hombre ducho y atrevido, pero, yo creo que para obrar con libertad, y cumplir sus deberes de tutor como Dios manda, lo primero que debe hacer es mandar á la pupila á un colegio lejano, que cuando vuelva. . . . nuevos pájaros habrá.

—Todo está ya puesto en el programa, don Encarnación, pero, repito, lo más temible aquí es el cura González; ya lo verá, el curita tiene buenas relaciones en la capital y no sería remoto que algún abogadillo se nos venga encima y pretenda alborotar la gallera.

—Pues con todo y eso, replicó Solano, no creo debe temerse á González, que en cuanto al abogado que traiga. . . ya verá como dádivas ablandan peñas. . . ., á cada quisque se le puede llegar por su lado y cada uno tiene su precio bien tasado. Para su tranquilidad debo decirle, que me deje por mi cuenta al boticario y al de la escuela, y ya verá qué buena cuenta doy de tan bellos sugetos. No olvide el negocio del ojo de agua.



VII.

El sábado siguiente muy de madrugada, la sirvienta de Consuelo, salió de la casa del antiguo carpintero, llevando un buen lío de ropa que lavar, é indicó al salir, que todo el día pasaríalo en el arroyo. Luego que salió, en vez de encaminarse al río, fuese recto á El Platanar y rodeando un poco, sin llegar al caserón donde tantos años viviera, tomó por bien conocida vereda, oculta entre platanares y arboledas, llegando á la choza habitada por el compadre Anselmo, el caporal de la hacienda, con quien tenía de antiguo cordiales y muy estrechas relaciones. Los perros dieron aviso inmediato de la llegada de Dolores saliendo á recibirla la comadre Antonia, trayendo los brazos al aire y embadurnadas las manos de masa blanca y fresca de maíz. Ambas mujeres se saludaron con muestras de bien entendida simpatía y afectos de buena cepa, hablaron en seguida de mil cosas, como personas que no se han visto en largo tiempo, se arrebatában las preguntas, se dejaban trucas las respuestas, se hacían recuerdos, traíanse á colación cosas pueriles y sin importancia, y cuando aquella fiebre se calmó, después de hablar de Don Pablo Torres, de la huérfana, de la nueva vida y de mil cosas más, Dolores, encaminó la conversación por el rumbo que sigue:

—Es preciso, comadre, que mande buscar al compadre Anselmo y venga luego por aquí, pues tengo cosas importantes que decirle. Consuelillo necesita una ayuda, no hay quien se la de, y yo, Ud. y mi compadre, es preciso que auxiliemos á ese querubín, que tanto queremos. Si nuestra ayuda no llega, créame, comadre, el puerco de Don Francisco Pérez la deja en cueros, como que ya pretende vender las mejores vacas y anda en cuchicheos y tratos con el viejo ridículo de El Tepozán, á quien don Pablo no podía ver.

La comadre Antonia dejó á un lado la bola de masa

que en esos momentos torteaba, metió las manos en la vasija del agua, salió de la choza y con voz clara, fuerte y entonada, voz que envidiaría Clotilde si tuviese orejas, gritó:

—Porfirio . . . Porfirio, dile á tu padre que se venga por aquí. Corre, métete por el Puerto de la Guacamaya, que por allí anda buscando á la Mascota, que no ha venido hace tres días.

Media hora después se presentó en el jacal el compadre Anselmo, chorreando sudor, con polainas agujereadas de piel de venado, dejando la camisa ver un esternón velludo y horroroso. Se repitió la escena apuntada anteriormente, se volvió á repetir la misma conversación, y cuando el hombre quedó enterado de todo lo que traía, Dolores dijo:

—No me extraña, comadre, lo que me cuenta, que el cochino de don Pancho es capaz de eso y mucho más, pero hay que tener paciencia y pedir consejo de quien más sabe. Mañana domingo, después de misa mayor, pediré uno de quien yo me se, y conste que quien lo dará no es licenciado, cura ni sacristán, pues no anda con faramallas ni tonterías. Procure que nos veamos por la tarde á la salida del rosario, y le diré lo que deba hacerse. Por lo pronto no deje sola á Consuelo, déle ánimos y dígame que el viejo Anselmo dará el pellejo por ella.



VIII.

La misa mayor en la parroquia de San Antón, celebrada por el padre vicario, con acompañamiento de órgano y coreada por tres chiquitinés, que soltaban kiries y glorias y *laudamus*, era digna de oírse, como que aquello llenaba el alma y coñidaba á la oración; cadenas sencillísimas de frescas madreselvas, malvaluisas y miosotas, adornaban el altar mayor; los cirios de blanca cera estaban adornados con lazos azules, y flores amarillas, color que no desmerecía ante el brillo de los candelabros de latón; los cuales candelabros, alineados en buen orden sobre las gradas del altar, parecían centinelas encargados de no dejar extinguir el fuego santo en aquel lugar. Las arañas, suspensas de lo alto de las bóvedas del templo, devolvían las luces de la mañana y de los cirios, trocadas en haces de mil matices, pues los tallados cristales de las arañas, cual gigantescos diamantes, daban tonos escarlata, luego recios azules, rojos purísimos y amarillos fuertes y vigorosos; los colores del iris allí se sucedían incensiblemente, según el imperceptible movimiento de aquellos cristales al oscilar las arañas maravillosas.

Aquel derroche de luces y colores, se acentuaba aún más, cuando las caprichosas espirales de humo blanco que arrojaba el incensario, subían hasta las bóvedas, haciendo un contraste singular y primoroso, al mismo tiempo que el ambiente se saturaba de aromas gratos que recordaban los del tomillo, copal, retoños de romero y corteza de naranja.

Lo que más invitaba al recogimiento y oración, era el imponente silencio y sencilla adoración de los mil creyentes, que apretados y fervorosos en el recinto aquel, presenciaban las ceremonias que allí se sucedían. La misa del padre vicario en el día á que nos referimos, llegó al Sanctus, las campanillas de los monaguillos, junto al altar mayor, sonaron pausada y acompasadamente, y en seguida se

sucedió un recogimiento y devoción indescriptibles, pues los fieles esperaban se sucediese el momento solemne en que un pan se convertiría en carne y un poco de vino en sangre preciosa. El supremo instante llegó; el sacerdote quedó breve tiempo inmóvil, anonadado y temeroso ante la magnitud del acto; dijo las palabras sacramentales, luego se arrodilló adorando la blanca hostia y después el vino quedó en el cáliz prometiendo salud y vida perdurables, mientras la hostia ofrecía fuerzas inauditas, energías, vigor y saludes eternas.

El pueblo inclinó la cabeza ante aquella singular metamorfosis y al indicarla las campanillas de los monaguillos, se oyeron en el sagrado recinto, sordos golpes que los fieles daban sobre el pecho y las mucitaciones de mil plegarias y oraciones. Otros abrían los brazos, poniéndolos al aire y simulando la postura que guardara el Redentor sobre la Cruz, allá en el Gólgota. Minutos más tarde, el celebrante volvióse hacia el pueblo y dijo el *ite misa est*, y á ese tiempo, abrióse la puerta de la sacristía, dando paso al anciano cura González, el que acercándose á dos mujeres que oían la misa cerca del crucero del templo, les dijo en voz baja y por nadie notada:

—Váyanse por la sacristía.

Las últimas oraciones de la misa pasaron como siempre; los chiquitines en el coro entonaron un himno de gracias sentido y tierno, y entre tanto los fieles fueron saliendo del templo, atropellándose y sin guardar el recato y composturas anteriores. El monaguillo mayor se apostó á la entrada, llevando en la mano una bandeja en la que los fieles al salir depositaban pobres monedas, y cuando este abandonó el templo, fué por que no quedaban allí más que algunas mujeres que prometían no salir en todo el día.

¡Qué silencioso y triste quedó aquel Santuario!.. ¡Cómo allí también se notaba la inconstancia de los humanos! Ante aquella soledad, el espíritu sentíase angustiado; más cuando afuera se oían los gritos de los vendedores de la inmediata plaza, que pregonaban mercancías baratas y de buen gusto, gritos que repercutían las bóvedas del templo,

recordándose con esto. Al que látigo en mano, echó fuera del templo á ridículos mercachifles. Decíamos que el templo quedó completamente desierto, y solo véase á lo lejos y cerca del altar mayor, una lámpara cintilante y trémula, pretendiendo recordar que el pensamiento del hombre no se apartaba de aquel sagrado recinto.

Las mujeres con quienes habló el eclesiástico, penetraron por la sacristía, y cuando llegaron hasta la habitación del padre cura, vieron que este, sentado frente á una mesa antigua, cargada de labores y que recordaban otras de mejores tiempos de un cierto carpintero, se estaba engullendo un chocolate espeso, dulce y sabroso, como pocos lo tomaban, acompañado de panecillos finos, suaves y bien cocidos, que despedían olores apetitosos. Cuando entraron las mujeres, el cura apenas se movió para saborear un nuevo sorbo de chocolate y dar un mordisco á un biscocho suave y que convidaba á gustarlo.

—¡Eh tunantas! dijo el cura al ver á las mujeres, hacía días que no tenía este viejo el gusto de verlas. ¿Qué dicen los pesares, Consuelo? y tú, Dolores, ya te alivias de tus quejumbres de antaño?

—Nosotras, como siempre, Señor cura, muy agradecidas, pero con nuestras penas y dolores, dijo Consuelo.

—¡Por San Antón! patrono del pueblo, siempre has de venir con tus cosas, tus gratitudes y monerías., déjate de esas cosas, que este viejo ya no entiende de eso, sino de lo real y verdadero.

El eclesiástico dió el último sorbo á la taza que contenía el chocolate, de una alzada se engulló el vaso de leche, y al fin, hizo la ablución de los dientes con un buche de agua, tirando el líquido al rincón vecino, de una manera estrepitosa y satisfactoria. Sacó luego un cigarrillo, sopló sobre una de las extremidades del tabaco, y lo encendió saboreando con deleite la primera bocanada de humo. Volviéndose á las mujeres dijo:

—Me esperaba tu visita, chiquilla, que demasiado sé lo que te pasa. Vamos, cuéntame tus cuitas. . . . ¡Cuánta falta te hace tu padre! ¡Hasta este pobre viejo, y mi des-

tartalada iglesia resintieron hondamente la muerte de D. Pablo! Vamos cuenta.

El anciano suspiró, y Consuelo, tímida y encogida, como si fuese á decir algo inconveniente, contestó:

—Pero, Señor cura, si yo no tengo que decir nada.

—Cómo te has olvidado de los mandamientos de la ley de Dios, muchacha, recuerda que el octavo manda no mentir. Cuéntame la vida que llevas en casa de mi antiguo carpintero, lo que te ha dicho, los proyectos que tiene, los pasos que ha dado en tu negocio testamentario, y no me salgas con mentirijillas, que en el rostro tuyo leo las hondas penas que llevas áuestas.

Consuelo, con ingénuo é inocente conversación contó al párroco todo lo que había acontecido desde el ingreso de la niña á la casa de su tutor, sin omitir datos ni detalles ningunos. También trajo á colación los amores de Solano con Clotilde, lo mucho que le enfadaba el fonógrafo que todo el día funcionaba, los consejos de ésta para que tomase un novio, y en fin, las pretenciones de su tutor sobre los bienes que dejara don Pablo al morir.

—Todo eso y mucho más estaba ya por aquí, contestó el cura tocándose la frente; pero, lo más grave de todo lo que me has contado, es la intervención de Solano en la casa de Pérez, yo me se por qué lo digo. Pero no tengas cuidado, chiquilla, por que aquí tienes de tu parte las chochees de este viejo, chochees que te servirán, ya verás. Por lo pronto lo que importa es que nadie sepa estamos en comunicación y procura tenerme al tanto de lo que pase; no es preciso vengas tú, que con enviar á Dolores me basta. Anda y que Dios te bendiga.

Consuelo y su sirviente despidiéronse del párroco, besaron la mano que las tendió, y ya para salir, el cura González dijo á Consuelo:

—Bueno será que para los asuntos de conciencia te dirijas al padre vicario, y para los de negocio á este tu viejo amigo.

Consuelo ofreció hacerlo así, retirándose en seguida ambas mujeres.

IX.

Cuando se atopellaban los fieles en la iglesia al salir de la misa mayor, Anselmo, el caporal de El Platanar, fué de los primeros en buscar la puerta, encaminándose derechamente á la "Botica de El Señor de la Salud", y como encontrase á Juanito Gutiérrez bastante ocupado, en despachar emplastos, "agua de contra latido", "miel de coyote" para las punzadas, "pomada de rosicler para el mal de amor" y otros curiosos menjurjes de eficacia bien probada, Anselmo se acomodó en un rincón de la botica, y al ver que el farmacéutico tuvo una tregua en el trabajo, levantose el caporal, expresándose de este modo:

—Amo, don Juanito, no me agradezca la visita, que vengo á molestarlo sobre un negocio particular y que me parte el alma, y al mismo tiempo á traerle estas natillas, que ya son muy raras en el rancho desde que murió el amo don Pablo, hoy no se consiguen ni para remedio. En esto Anselmo sacó de entre una bolsa de pita, una pequeña olla cubierta con hojas blancas de maíz.

Juanito, que era un hombre listo y de buen fondo, dió las gracias al rancho por el regalo, lo hizo pasar al "consultorio", ó pieza inmediata, y esperó que Anselmo desembuchase aquello "que le partía el alma."

—Desde que me salvó su *mercé* de aquel mal de ojos que me hacía renegar, me ganó, amo, la voluntad, más cuando curó á mi *vieja* de aquel dolor maldito de *entripado* que la estaba matando; lo que más me amarró fué cuando la tordilla de una patada me rompió el *espinazo dorsal*, ¿se acuerda?; su *mercé* me compuso y quede peor que nuevo, y sin costarme una peseta, pues se condolió de mi pobreza la misma que hasta hora me alcanza.

Juanito Gutiérrez, que tenía prisa por volver á la botica, y cansado de oír día á día esos piropos, hizo alguna demostración de impaciencia, por lo que el rancho se fué

al gralo en esta forma:

—Amo, yo tengo agradecimiento, por eso me duele que el puerco de don Pancho Pérez, se quiera comer de un bocado á Consuelito, la hija de mi difunto patrón, don Pablo, que de Dios goce, valiéndose aquel para cometer esas atrocidades de que la chiquita está sola, y de que él tiene tretas y leyes para *amolarla*. Ayer fué al rancho la tía Dolores y nos contó todas las infamias de ese hombre, que quiere vender las vacas y hasta el "Ojo de Agua de El Fresno," y esto por alisar á don Solano. Por eso vengo á molestar á su merced, para que dé un consejo, pues quiero á la huerfanita como si fuera parida por mi mujer, y tenga entendido, don Juanito, que Pérez ó suelta á Consuelillo ó... ¡lo reviento!, con perdón de su merced.

Juanito, que no esperaba tal embajada, ni tan enérgicas interjecciones, al principio estuvo descuidado é indolente, pero tan luego como oyó los nombres de Consuelo, Pancho Pérez y don Pablo Torres, se hizo todo orejas, estuvo atento y preguntón, haciendo que Anselmo le repitiese algunas cosas y le aclarase otras. El boticario se puso risueño, hasta *guasón*, é impuesto de todo lo conveniente para sus fines, dijo al rancho:

—Amigo Anselmo, la cosa está color de hormiga, y la verdad es que no tengo tamaños para solucionar el problema, pero, si Ud. quiere, preguntaremos á quien más sabe, y ya verá como todo tiene remedio, que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Ya verá, espéreme tantito, lo que pasa un credo bien rezado y hablaremos.

Juanito salió del famoso "consultorio", y todo el rato que Anselmo quedara solo en aquella pieza, lo pasó en una y muy particular meditación, en la que imperaban deseos de hacer uso de su *reata* y colgar á Pancho Pérez del palo más alto del monte de El Platanar. La meditación de Anselmo solo era interrumpida por los golpes que sufría el cajón del dinero en la botica, cuando Juanito abría y cerraba el mueble, ó por las interjecciones que lanzaba de vez en cuando. Poco rato después volvió el boticario al famoso consultorio, en esta vez acompañado del maes-

tro de escuela, don Catarino Reyes, hombre trigueño rechoncho, de bigote lacio, bajo de cuerpo y creo que de catadura no muy buena. El boticario habló así:

—Anselmo, el asunto que le traé por aquí, no es un grano de anís, como le acabo de decir, por el contrario, merece la pena de que se trate por personas tan competentes como el señor don Catarino. En este señor puede depositar la misma confianza y estimación que me tiene y yo le agradezco mucho. Cuéntele lo que le pasa y ya verá como el remedio que dé es mejor que cuantos tengo por aquí en la botica.

Anselmo, con estas razones que dijo Juanito, se abrió de capa y desembuchó, sin variante alguna, lo mismo que había contado al boticario. Don Catarino arqueó las cejas, tomó una actitud doctoral y dijo:

—Yo tengo mucho cariño y predilección por Uds. los rancheros, porque saben querer y decir las cosas sin ambages y con el corazón en la mano. El negocio de Ud. es muy grave, pero le prometo que en poco tiempo Consuelito se habrá librado de ese moscardón siniestro y que mucho la mortifica. Lo único que debe Ud. hacer es tenernos al tanto de lo que pase por el rancho, no se calle nada y verá como se conjura el mal. Tenga fe, amigo y cuente con este par de ciudadanos.

Repetimos, Juanito era muy *guasón*, y cuando se impuso el silencio, dióse una palmada en la frente, procuró despedir consoladora y afablemente al rancheiro, y cuando se marchó este agradecido y contento, dijo al maestro de escuela:

—Catarino, aquí está la oportunidad que buscamos... ¡Redrojo! que este tinterillo nos la paga, ya verás; vuélvete todo oídos y escucha el plan que se me acaba de ocurrir.....

Lo que dijo Juanito y aprobó don Catarino, nadie lo sabe, pero lo aclarará el que pacientemente siguiere leyendo.

X.

Una semana después, Pancho Pérez, instalado tras del mueble que servíale de escritorio, ocupábase en raspar con una navaja algunos renglones de un documento, cuando entró la sirviente entregándole la correspondencia que en esos momentos llegara y trajo el último correo. Entre los papeles venía una carta que mucho llamó la atención de Pérez, por el lema que bien impreso veíase en una esquina de la cubierta. No recordaba Pérez tener relaciones ningunas con "Gutiérrez y Compañía," residentes, según el sobre, allá en la capital y en la calle del Mastuerzo, teléfono número tantos y apartado en el correo.....

"¿Quiénes serán estos primos?, pensaba Pérez..... Gutiérrez y Compañía, comisionistas, contratistas y agentes de no se cuantas cosas... ¡vaya! que no podía darle á la bola. Cosa curiosa, Pancho Pérez se devanó media hora los sesos por descubrir aquel enigma, cuando con solo romper la envoltura quedaría sin dudas. Al fin lo hizo y leyó lo que sigue:

"Muy señor nuestro:

Tenemos noticia de que á la fecha es Ud. el propietario ó administrador con plenos poderes, de una finca rústica denominada El Platanar á inmediaciones de San Antón. Como tal finca pudiera convenirle á un Sindicato Americano que pretende implantar por esos rumbos una industria y explotación particulares, hemos de merecer se sirva decirnos si puede vender por nuestra mediación, el citado predio, bajo el concepto de que podemos ofrecerle precios muy especiales y de que si obra por cuenta agena le podremos abonar una considerable comisión por sus agencias.

Debe Ud. tener presente que no es la bondad del terreno lo que se busca, sino tan solo su posición topográfica, situación que nadie puede explotar si no es el sindicato de

referencia.

Como base para el contrato, podemos ofrecer á Ud. por la finca, sin lienos ni productos, la suma de \$60,000.00, sin que por esto se crea podamos mejorar en mucho nuestro ofrecimiento.

En espera de sus gratas letras, quedan sus atms. attos. S. S.

Gutiérrez y Cía."

¡Retreta! Pancho Pérez quedose boquiabierto. ¡Remoño! que el antiguo carpintero creía estar bajo las influencias de una pesadilla!... ¡Sesenta mil pesos y una bonita comisión!... cuando en San Antón lo más que podría conseguirse por El Platanar serían veinte mil, y esto con tirabuzón y dejando hasta las basuras de la finca.

Volvió el rábula á leer la carta, examinó los sellos de correo que traía impresos, cerciorándose de que la pieza había pasado por oficinas intermedias, que todo aquello estaba en regla y de que la suerte se le metía por la ventana.

Los días siguientes Pancho Pérez estuvo perplejo, sin saber qué contestar, porque tan presto se inclinaba á una cosa como pensaba una diferente; al fin se decidió á formular varios borradores de cartas en un sentido y otro, para ver cual más le convenía, ora diciendo que sí, ora diciendo que no, pero sin adoptar una resolución definitiva. Los borradores de tales cartas seguidamente eran rotos en mil fragmentos por que ninguno gustaba á Pancho Pérez, que no entendía ni jota de aquella gerigonza comercial y espistolar y que solo Clotilde sabía y desempeñaba alguna vez. Como en esta se trataba de señores de la capital, con un sindicato americano al canto, que tenía comisiones, contratos y un capital de medio millón de pesos, era conveniente que la respuesta fuese buena y la letra clara y pendoleada.

Entre tales dudas, cavilaciones y reticencias, pasó otra semana, y Pérez no decidía nada, ni siquiera participar á Consuelo aquella lotería que tenía en las manos, como si no fuera la única interesada que debiera decidir

aquel punto. ¿Para qué? ¿no era acaso el tutor de Consuelo? ¡Claro! holgaba la consulta, pues un tutor era algo así como un señor dueño de vidas y haciendas. Nuevamente el correo llegó y puso en manos de Pérez esta otra carta:

"Confirmamos nuestra anterior de fecha diecinueve y tenemos el gusto de participarle que el Sindicato Americano mejoró sus proposiciones, porque está vivamente interesado en establecer en la República la industria á que nos referimos en nuestra carta pasada, y no se omitirán medios ni gastos para lograrlo. Le advertimos, por lo que pueda convenirle, que el Ministro americano está dispuesto á tomar cartas en el asunto."

La tal carta concluía con esta ligera cuanto importante insinuación:

"Señor Pérez en posesión de mejores datos, sabemos que Ud. es el tutor de una menor, por quien posee el terreno de El Platanar, y que como Ud. es una persona sensata, bien educada y de inteligencia superior, no dejará de interesarse por este asunto, que no siempre llega á las manos ni menos en San Antón. La fortuna parece que llama á la puerta, no es tiempo de desperdiciarla sino antes bien hay que meterla en casa."

¡Moño! ¡Tres veces moño! y qué brincos y piruetas se gastó Pancho Pérez al leer esta nueva epístola; púsose tembloroso, nerviosísimo y con ganas hasta de cantar. Llamó á Clotilde, la dió un beso en la frente, pidió una copita de tequila, luego otra y más tarde una quinta; fué á ver á Consuelo, la participó que era una muchacha hermosa y de mucho porvenir, que no tuviese pendiente de su patrimonio, como que á la fecha estaba duplicado y con creces... limpió las gafas se las puso, y al fin fué á su escritorio á formular la última respuesta sobre aquel importante asunto.

Empezaba Pancho Pérez el trigésimo nono borrador, cuando cayó á cecpas por allí don Encarnación Solano, el cual, sin maliciar las causas de las nerviosidades del rábula, dijo:

—Vengo, don Pancho, á que fijemos día para el matrimonio de Clotilde y mío, pues deseamos como lluvia de mayo, ponernos en gracia de Dios. Ud. nos servirá de padrino y se acompañará con la sobrina del Jefe Político. No tenga temores por mis antecedentes, que si bien es cierto peregriné por toda la República, tengo una veintena de años radicado en San Antón. Ya le he dicho, fui empleado en rentas, que jugué el trompo en mis mocedades con Bernardo, que me di buenos moquetes con Cosío y que nos decimos de tu con Ramón.... Piense que si estoy en este apartado lugar es porque me aburrió la vida por allá en la capital.....

Y siguió citando nombres de personajes que por entonces figuraban en la milicia, en la banca y puestos de importancia en la alta política. Refirió luego que había peleado en trescientas guerras, que había matado á doble número de franceses, que si no siguió la carrera militar, donde tendría el grado de coronel, fué por que se fastidió de aquella vida, y se descolgó con otras cosas de ese calibre, dando á entender al mismo tiempo que su retiro en San Antón obedecía á fines filantrópicos y de personal conveniencia.

Como viera que Pérez seguía con sus nerviosidades, temiendo hubiese cambiado de parecer, continuó:

—Nada, nada, amigo mío; cuento con su venia, como me lo ofreció, y Ud. que es un hombre que ve derecho, comprenderá que pronto apago el ojo y que Clotilde quedará con bola en mano, pues al firmar ante el "cura civil" el acta de matrimonio, suscribiré ante el notario mi testamento; que ya le he dicho, me dolería morir á lo mejor, y que el Gobierno entrase á gozar lo que no le costó ningún trabajo conseguir.

¡Dios sea loado! musitó Pancho Pérez, luego que el hombre dejó de hablar. Este fingió tragar el anzuelo é indicó que iba á decir alguna cosa; pero antes de ello, se quitó las gafas, las limpió y montó sobre la nariz, dando pruebas de que los nervios se iban calmando. Pero allá en el magín bullían dos ideas risueñas y retozonas.... ¡Su her-

mana casada con Solano era el colmo de lo inesperado!... ¡El Sindicato haciéndolo rico, era la lotería llovida de el cielo! Al fin, con bastante hipocrecía contestó:

—Amigo don Encarnación, ya sabe que cuento con Ud. como con un hermano, que trabajaremos juntos procurando acaparar lo que es la felicidad en la vida, el dinero. Ya no me hable del matrimonio proyectado, que dije mi última palabra, cásen se Uds. en buena hora y no tenga desconfianzas de mi parte. En prueba de que seremos dos buenos hermanos, le voy á comunicar un tremendo negocio que llega á mis manos, para que me ayude á salir del paso lo mejor posible.

Mostró el tinterillo á Solano las cartas de Gutiérrez y Compañía, hablaron larga y detalladamente, y al fin, cuando este se impuso del asunto, quedose pensativo, meneó la cabeza en son de duda y exclamó:

—No puede ser....; en la capital no conozco ninguna razón social de ese nombre y que gire sobre esos negocios.... pero bien puede suceder, hace tanto tiempo que no voy por allí....; en fin, veremos. Aquí está efectivamente el busilis para sacar una treintena de talegas repletas de plata. Don Pancho, este es negocio gordo, créame Ud., seremos ricos.

—Pero, don Encarnación, Ud. cuenta con que El Platanar es de los dos, sin atender á que pertenece á Consuelo.....

—¡Je! ¡Je!, don Pancho, no me diga tales cosas.... ¡je!.... Conste que Ud. es dueño del ranchito y que la Consuelito no es más que la estampa que se adora.... ¡je!

—Como si no hubiera en San Antón curas hipócritas, maestros de escuela habladores y boticarios mordaces....., amén de algunos jueces que si bien se tragan las pechugas con mucha facilidad, cuando les llega un pernil hacen ascos.

—¡Je! ¡je!.... ¡vamos! que lo hacía más listo don Pachito...., ya le he dicho que el boticario y el otro amigo corren por mi cuenta.... ¡je! ¡je!.... y para probarle lo que son los señores jueces, le ruego mañana vaya

á tomar la sopa á El Tepozán; no deje de ir, ya verá...., ya verá.... ¡je!

Así terminó aquella importantísima conversación.

Al día siguiente y hora indicada ¡quién lo creyera!, no mentía Solano, en uno de los espaciosos corredores de la casa de El Tepozán, comían como buenos y viejos amigos, el Juez de San Antón, que ocupaba la cabecera de la mesa, á su diestra don Encarnación Solano, á la siniestra Pancho Pérez y al otro lado el secretario que á leguas transcendía á tabaco.

Entre sorbo y sorbo de café legítimo de Uruapan, se trataron cosas importantes; entre los espirales de humo de sabrosos cigarrillos "Canela Pura" y tabacos de "La Prueba", salieron proyectos y convinaciones especiales, pero, sobre todo, de entre los efectos de varias botellas de cerveza toluqueña, brotaron energías para el timorato, nuevas fuerzas para un vejete y condescendencias de un letrado.

En ese mismo momento, bajo aquellas impresiones, unidos todos por la misma ambición, atendiendo á un mismo negocio y acallando las voces de las conciencias, se escribió una carta, cuya copia es la que sigue:

"Señores Gutiérrez y Cía.

Muy señores míos:

Son en mi poder las atentas de Uds. de este mes en las que me hacen proposiciones sobre la compra de la importante finca denominada El Platanar, que pertenece á la menor Consuelo Torres y de quien soy legítimo representante. En mi calidad de tutor de la incapacitada, podría consumir con Uds. el negocio propuesto, previa la licencia judicial respectiva, pero me abstengo de tratar con Uds. la proyectada compra porque creo que no llegaremos á entendernos sobre el particular, tanto por el bajo precio que se me ofrece, cuanto porque yo impondría condiciones especiales que no puedo estampar en esta carta, amén de que la comisión ofrecida fuese mayor segura y

bien garantizada. Si Uds. desean que nos entendamos, sería conveniente mandasen un representante ampliamente facultado para que ultimásemos este negocio, pues repito, tengo condiciones que proponer.

De Uds. afmo. amigo y S. S.

Francisco Pérez."



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33934